

6. EUROPA DIVIDIDA

Toni Comín

Uno de los hechos que ejemplifican mejor la profunda división social existente en la Europa actual es el conjunto de revueltas juveniles que se produjeron en los barrios periféricos de muchos pueblos y ciudades de Francia durante los meses de octubre y noviembre del pasado año 2005. Cuando decimos “Europa dividida” nos deberíamos referir a una división social, la relativa crisis del modelo político y social europeo, cuyo síntoma más claro es la situación social en Francia: una división social entre barrios integrados y los barrios que quedan al margen del progreso económico, tecnológico, cultural. Barrios de Francia poblados por inmigrantes, donde triunfa la violencia nihilista, pero también barrios en Alemania y en el resto de países en los cuales, como una muestra del rechazo a la inmigración, triunfa, ni que sea relativamente, la extrema derecha. Por tanto, la división de la Europa de hoy es una división social

1. FRANCIA COMO SÍNTOMA

El modelo de sociedad europea se ha considerado siempre como el más justo: era capaz de sumar justicia económica —es decir, la capacidad para combinar prosperidad económica y redistribución de la riqueza, crecimiento y servicios sociales universales— y justicia política —es decir, las libertades civiles y la democracia. Solamente Europa, a lo largo del siglo XX, ha conseguido sumar justicia socioeconómica y libertad política. Su legitimidad reposaba en la capacidad de garantizar un mínimo de igualdad de oportunidades mediante unas instituciones básicas de ciudadanía (la escuela gratuita, por ejemplo) y una mínima cohesión social a través de políticas distributivas: las políticas clásicas de la sociedad del bienestar. Pero las revueltas que

se produjeron en Francia han puesto en cuestión muchas de estas cosas. Hay quien afirma que “el ascensor social se ha averiado”.

Si contemplamos más detenidamente la especificidad del fenómeno, nos encontraremos con que no es casual que una explosión social de estas dimensiones haya sucedido en el estado vecino. Por primera vez hay una parte de la ciudadanía que son “inmigrantes de segunda generación”, una expresión que es una paradoja considerable en sí misma, porque “un inmigrante de segunda generación” es una persona que ya ha nacido en el país de acogida de sus padres, y por tanto, en realidad ya no es “inmigrante”. Por primera vez, entonces, se podía validar la teoría oficial de la sociedad francesa, que dice: nuestras instituciones garantizan la igualdad de oportunidades a todos los ciudadanos; y todos los nacidos en Francia son igual de ciudadanos, vengan de donde vengan sus padres. Según estos principios de justicia meritocráticos, en una sociedad como la francesa en teoría todo el mundo debe tener oportunidades proporcionales a su capacidad y voluntad de esfuerzo.

Era la primera vez que llegaba a la edad adulta, es decir, al mercado de trabajo, una generación de hijos de inmigrantes nacidos en Francia. Sus padres no tenían las mismas oportunidades porque venían de fuera, no habían ido a *l'école*. Pero los hijos, teóricamente, ya eran ciudadanos en las mismas condiciones que el resto. Por tanto, ahora era el momento de validar la teoría oficial del modelo francés, como un modelo justo e integrador. Pero resulta que cuando los hijos de la inmigración llegan a la edad adulta, lo que experimentan en sus vidas es justamente lo contrario: no tienen igualdad de oportunidades, su nivel de escolarización es muy deficiente y su grado de empleabilidad manifiestamente débil. Es decir, que para estos chicos nacidos en Francia, muchos de ellos de padres magrebíes, la igualdad de oportunidades no existe. Su grado de probabilidad de incorporarse con normalidad al mercado laboral, con trabajos dignos, es muy baja.

En Francia se ha comprobado, pues, que las instituciones básicas del estado han resultado, como mínimo, insuficientes. La ciudadanía y la école publique, que son las dos instituciones básicas sobre las cuales reposa la promesa de igualdad, se han revelado perfectamente inútiles. No han podido impedir la situación de desigualdades sociales que hay detrás de las revueltas que estallaron por doquier. El modelo francés de integración se ha mostrado, en este sentido, especialmente paradójico. Es un modelo que dice: “todos franceses, y así seremos todos iguales en oportunidades”. No reconoce ninguna otra identidad que una identidad francesa común, el *citoyen*. El modelo anglosajón de integración es más pragmático: no promete la igualdad como lo hace el francés, pero respeta e incluso protege las diferencias de identidad. Francia, pues, sería el asimilacionismo (con igualdad); la Gran Bretaña sería el multiculturalismo (con clasismo étnico). Sin embargo, cuan-

do la igualdad falla, como se ha puesto de manifiesto en Francia, entonces el asimilacionismo se convierte en una retórica absurda.

Dolorosamente, Francia ha descubierto el inmenso desnivel existente entre la teoría y la realidad de un estado teóricamente igualitario y unas instituciones profundamente clasistas en su práctica cotidiana. El igualitarismo que se pretendía se convierte, entonces, en un modelo incluso más contraproducente, que el multiculturalismo británico, con sus guetos y pequeñas comunidades aisladas unas de otras.

Pero la especificidad francesa no nos debería hacer olvidar que estamos ante un problema de dimensiones europeas. En la forma, se trata de un problema francés: revueltas de jóvenes de segunda generación en los barrios periféricos. Pero en el fondo, es el mismo problema que tienen el resto de sociedades europeas. Una división social, como decimos, entre aquellos que se integran en la nueva sociedad del conocimiento por arriba, por la puerta brillante del mercado del trabajo, y aquellos que no se integran o que se integran por debajo, por la puerta de servicio, por la puerta de atrás.

Europa, como tantas zonas del mundo, está inmersa en un proceso de transformación social. El nuevo paradigma económico, fruto del avance tecnológico y de la economía del conocimiento, ha acelerado el paso de una economía industrial hacia una economía de servicios. De ello hay muchos que obtienen beneficios, pero también muchos otros que se quedan atrás. En Europa nos encontramos, pues, con una división básica: por un lado, los que se han subido al tren del cambio tecnológico, aquellos que se pueden incorporar al nuevo paradigma productivo, económico y social; y del otro, aquellos que se han quedado sin poder subirse al nuevo paradigma, o que, como máximo, tan sólo pueden tocar la parte más precaria de esta nueva economía de servicios.

Quizá resultaría de utilidad hacer una comparación entre el proceso vivido por Europa a lo largo del siglo XX y el proceso que está viviendo el continente desde hace un par de décadas. En el transcurso de los siglos XIX al XX, Europa pasó de ser una sociedad polarizada, con una clase trabajadora empobrecida y muy lejos de lo que hoy diríamos un mínimo bienestar, a una Europa con una clase media creciente. En la actualidad, sigue habiendo un 15% de élites y un 20% de excluidos, pero dos tercios de la población pertenecen a este grupo social que denominamos clase media. Por tanto, la historia de Europa a lo largo del siglo XX es la historia de la construcción de una amplia clase media, que incluye a dos tercios largos de la población. Probablemente, hay dos techos de cristal que dificultan el acceso a la clase excluida a la clase media, y de la clase media a la clase proletaria, la clase alta, la clase económicamente privilegiada. Pero, en todo caso, en el interior de esta clase media, en este 70% de la población, la movilidad social interna — ascendente, y también descendente, por qué negarlo — ha sido considerable.

En la práctica, esta construcción de la clase media que se ha producido a lo largo de todo un siglo ha supuesto una dinámica en la que cada generación de ciudadanos europeos ha tenido unas expectativas de vida mejores (culturales, económicas...) que la generación anterior. Los hijos, en virtud de este proceso que era a la vez un proceso tecnológico —de mejora de la productividad, de progreso económico, de crecimiento— y político —de redistribución de la riqueza creciente, de garantías sociales cada vez mayores— tienen garantizada una vida, desde el punto de vista material, mejor que la de sus padres. La sociedad del bienestar que hemos hecho en Europa en el siglo XX, esta sociedad de las clases medias, quería decir esto: que los hijos vivirían mejor que los padres, y esto es lo que de alguna manera se ha roto en las últimas décadas.

Pues bien, parece que es esto, precisamente, lo que se ha roto al pasar de una economía industrial a una nueva economía basada en el conocimiento. El proceso de construcción de una gran clase media iba de la mano de una economía industrial. Ahora pasamos de la industria tal y como la hemos conocido a lo largo del siglo XX, a un nuevo tipo de producción, también industrial, en parte, pero muy diferente. Es la nueva industria del conocimiento y, en el contexto de este nuevo paradigma productivo, la clase media ha dejado de fortalecerse y de ensancharse, y lejos de consolidarse se ve en riesgo de fractura y de división, en dos mitades con oportunidades divergentes. Ciertamente, hay una clase media que se beneficia del nuevo paradigma económico y por la cual se cumple la dinámica de unos hijos que mejoran el nivel de vida, desde el punto de vista material, en relación a los padres. Pero hay otra parte de la clase media que ve como estas expectativas de vida de los hijos son mucho peores que las de sus progenitores. Pasamos de una sociedad industrial con una clase media consolidada, cohesionada, a una sociedad del conocimiento en la que la clase media se fractura.

El resultado es, como decimos, una sociedad que se fractura —todas las estadísticas de los últimos treinta años confirman que las desigualdades han aumentado, también en Europa, con algunas excepciones, con la introducción de la revolución tecnológica. Por un lado, hay una clase media que se beneficia del nuevo paradigma económico, que triunfa, y que tiene unas condiciones de vida que cada vez se acercan más al modo de vida de la élite; por el otro, la otra clase media que, al no tener acceso a los mejores beneficios —en términos de puestos de trabajo, oportunidades laborales, acceso a la propiedad— de la nueva economía del conocimiento, corre un serio riesgo en muchos casos de caer en la exclusión, de pasar a vivir como una subclase de marginados, que siempre ha existido, pero de la cual, teóricamente, la clase media parecía estar muy alejada. Los jóvenes y las jóvenes de los *banlieus* franceses son el caso extremo de esta percepción negativa de un futuro que ven peor que el de sus padres. Mientras la sociedad, globalmente considera-

da, sigue adelante, sigue progresando, ellos tienen la certeza que en el mejor de los casos vivirán igual que sus padres y, muy probablemente, vivirán peor. Y todo ello condicionado por factores que no dependen de ellos, como el haber nacido en un barrio determinado, tener unos determinados apellidos, tener la piel de otro color... Este es el drama de Francia, en la primavera de 2006: haber descubierto que las expectativas laborales de millares de jóvenes están completamente condicionadas por el barrio donde han nacido y el color de su piel. La democracia que precisamente quería garantizar la igualdad de oportunidades independientemente de todos estos factores, ha tenido que reconocer su fracaso. Porque la democracia o, mejor dicho, la justicia social —que debería ir de la mano de la democracia— significa justamente lo contrario: que tus oportunidades en la vida no dependan del barrio donde has nacido.

2. LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Ante esto, Europa tiene abierto el debate entre su alma social y su alma liberal. Entre la que quiere construir una única democracia con instituciones fuertes, capaces de religar divisiones, y aquella otra que deja todo debate social en manos de las fuerzas de mercado. Entre las que sueñan con construir una nación europea —entendida la palabra Nación en mayúsculas, es decir, como “Nación de ciudadanos”— y los que quieren una Europa mercado. Entre los que propugnan una Europa federal, que significa la construcción de una comunidad política única e integrada, respetuosa de su diversidad cultural, pero con igualdad de derechos para todos sus ciudadanos, ya vivan en Finlandia o en Grecia, y aquellos que quieren una Europa intergubernamental, unida por intereses mercantiles. Entre los que quieren un mercado común y un gobierno común y los que quieren un mercado y veinticinco gobiernos. Entre los que quieren un gobierno democrático, con una administración descentralizada y respetuosa y protectora con las diferencias nacionales, y los que renuncian a este modelo de gobierno. Europa política *versus* Europa económica, que es lo mismo que decir Europa federal, la Europa entendida como la *patria grande* de todos los europeos, *versus* Europa intergubernamental.

2.1. Europa se construye contra los totalitarismos

¿Como se ha llegado hasta aquí? Hagamos un poco de historia.

Si Europa existe, si podemos hablar de Europa como de un proyecto social, económico y político, es en la medida en que nace, no de una división,

sino precisamente de la superación de una división histórica, la marcada por su alma liberal y su alma social; en otras palabras: entre las fuerzas liberal-capitalistas y las fuerzas socialistas. En efecto, las fuerzas políticas propuloras de la construcción europea durante la postguerra mundial fueron los demócratacristianos y los socialdemócratas. Europa no nace tanto de la reconciliación entre Francia y Alemania, que también, no nace tanto de la reconciliación entre países, como de la reconciliación entre ideologías, entre fuerzas sociales que se habían combatido mortalmente durante la primera mitad del siglo XX. El enfrentamiento entre los partidarios del capitalismo y los partidarios del socialismo, durante las décadas previas a la Segunda Guerra Mundial, había sido atroz.

De la crisis del capitalismo, con el crack del 29, nace una reacción defensiva del propio capitalismo, en forma de totalitarismo de derechas, en forma de nazismo en Alemania, de fascismo en Italia, etc. El nazismo es, entre otras cosas, la reacción defensiva de un capitalismo en crisis que observa el auge de las fuerzas socialistas y anticapitalistas, jaleadas además por el éxito de la revolución de Octubre en Rusia. El nazismo es, entre otras cosas, una reacción defensiva contra el socialismo revolucionario y reformista, y también un movimiento anticomunista. Por tanto, el conflicto del nazismo contra el mundo democrático es el último acto de una tragedia que había empezado como un enfrentamiento entre el alma liberal y el alma socialista. La guerra entre estados, la división entre estados, era en realidad la expresión política de una división social previa. Por eso, la reconciliación entre países, que probablemente es la expresión más visible de la construcción europea durante las primeras décadas de la postguerra mundial, en realidad reposa sobre una reconciliación más profunda, que es la reconciliación entre el alma liberal y el alma social.

Por eso, la construcción de Europa reposa sobre un nuevo modelo social, que es el estado del bienestar, que supone una cierta fusión del alma liberal y la social. Es imposible entender la integración europea si olvidamos que es simultánea a la construcción de un nuevo modelo social, que es el estado del bienestar. La integración supranacional reposa sobre esta nueva ingeniería social que es el *Welfare*. Hubiera sido imposible, por decirlo de manera bien clara, la reconciliación entre Francia y Alemania en el marco de un sistema capitalista liberal puro y duro. Sin estado del bienestar no hubiera habido la construcción europea, como una realidad supra-estatal. No sólo coinciden en el tiempo, sino que la primera es la condición de posibilidad de la segunda. Por ello, no nos debería de extrañar que en el momento en que el estado del bienestar entra en una cierta crisis, vuelvan las extremas derechas a Europa, vuelva el nacionalismo de derechas. Y deberíamos de ser conscientes de que al poner en crisis el estado del bienestar estamos poniendo en riesgo el futuro mismo de la integración europea. Porque Europa, como una comunidad

política, solamente será posible si su modelo social parte de la síntesis de su alma liberal y de su alma social. Porque, precisamente, Europa nace de la superación de esta división que estamos volviendo a sufrir ahora. Es por este motivo que podemos decir que Europa actualmente está en un momento de tránsito, porque Europa, históricamente, sólo ha ido adelante cuando ha superado esta división.

Tampoco es casualidad, pues, que las fuerzas políticas impulsoras de la construcción europea fuesen los demócratacristianos y los socialdemócratas. Los primeros eran aquella derecha que, provinientes del alma liberal, habían aprendido que si esta alma se lleva a sus últimos extremos, acaba conduciendo a una crisis social que es el terreno abonado al totalitarismo. Por tanto, si el liberalismo quiere ir de la mano de la democracia, necesita reconocer a la otra alma, la social. De la misma manera, los segundos eran aquellos representantes del alma social que habían reconocido que el socialismo sólo era compatible con la libertad política, con la democracia, si el alma social aceptaba un espacio para el alma liberal. Dicho de otro modo, los primeros habían admitido que sólo con mercado era imposible la democracia, porque el mercado capitalista, abandonado a su propia dinámica, provoca crisis como la del 29, que son una puertas abiertas al nazismo. Y los segundos habían admitido que sin mercado era imposible la democracia, porque la estatización completa de la producción es la puerta abierta a la dictadura ideológica y política.

Demócratacristianos y socialdemócratas se encuentran en el origen de esta superación de la división entre las dos almas. Las cuatro grandes derechas europeas (francesa, italiana, alemana e inglesa) se legitimaron, incluso podemos decir que construyeron su identidad, en el combate contra el nazismo. Churchill, De Gaulle, los demócratacristianos alemanes y los italianos, todos nacen del combate contra Hitler y Musolini. Por tanto, las cuatro grandes derechas europeas son derechas profundamente demócratas porque son derechas fundamentadas en el combate contra el nazismo. De hecho, la única gran derecha europea que no ha creado su identidad en el combate contra el totalitarismo de derechas es la española.

Europa nace del pacto de los demócratas, ya fuesen de derechas o de izquierdas, contra el nazismo, como reacción a la Guerra Mundial, a los totalitarismos del siglo XIX. Por un lado, la democracia cristiana emerge a la vida política en combate contra el totalitarismo de derechas, y por el otro, la socialdemocracia emerge a la mayoría de edad política en combate contra el estalinismo, el totalitarismo de izquierdas. Por tanto, podemos afirmar que la Europa actual se fundamenta en la lucha de los demócratas contra el fascismo, y más generalmente, en la lucha de los partidarios de la libertad contra los totalitarismos en general. Sin embargo, el gran aprendizaje que hace Europa en el siglo XX es que no es posible la libertad política —al menos

en Europa, si no va acompañada de la mano de la justicia social. Que la democracia sin justicia social —sin estado del bienestar— no es factible. Este es un primer punto histórico importante.

2.2. Europa se construye con el propósito de la paz. El mercado común: ¿instrumento o finalidad?

El segundo punto histórico que ha de ayudar a entender el dramatismo de la división actual es tomar conciencia de que, en términos generales, el objetivo de este pacto entre demócratacristianos y socialdemócratas era, básicamente uno: la paz. El propósito de la paz.

Para poder construir la paz, para evitar cualquier guerra civil europea, es importante que los europeos entiendan que todos juntos comparten una única sociedad. En cualquier guerra, siempre las sociedades contendientes se ven diferentes entre ellas. Si las personas se entienden como formando parte de una única sociedad, entonces la guerra se hace mucho más difícil. Tenemos, por ejemplo, el caso español; si hubo una guerra civil en España fue, en buena parte, porque había la percepción que se enfrentaban dos sociedades diferentes: los españoles no se comprendían a sí mismos como formando parte de una única sociedad.

Debemos, pues, construir una única sociedad europea, un sentimiento de pertenencia común. ¿Pero cuál es el mejor modo? Por un lado, ya lo hemos dicho, compensar el mercado con el estado, para poder erradicar la semilla profunda del totalitarismo (de derechas y de izquierdas). Pero, más allá de ello, es necesario ver de qué manera se unifican las diferentes sociedades europeas —ahora ya basadas en un nuevo modelo social, el modelo del estado del bienestar— en una única sociedad común. ¿Cómo se hace esto? En aquel momento, el pragmatismo liberal fue el que proporcionó el camino. Se optó más por tejer una red de solidaridad de intereses que no buscar una adhesión a unos principios comunes. Porque los intereses son un motor muy poderoso, a la vez muy pragmático y a la vez de poco vuelo. Y es en este sentido que se decide que la manera de conseguir la paz será construyendo un mercado común. No se empieza Europa por la ciudadanía europea, por la creación de una constitución, como hubiera podido hacerse, por ejemplo. Se empieza por la integración comercial. Sin embargo, nunca debemos de olvidar que la integración comercial tenía como objetivo ir integrando las diferentes sociedades, a través de los intercambios comerciales, en una de sola. Y que esta integración tenía como objetivo la paz, evitar por siempre más una guerra civil en Europa.

Así, la paz era la finalidad y el mercado era el instrumento. Hemos hecho Europa de tal modo que sea la lógica del comercio la que impulse el in-

tercambio entre estas sociedades diferentes, que han de empezar a verse a sí mismas como una sola. Sin embargo, un problema clásico en la historia de las sociedades, de las organizaciones, también en la vida de las personas, es confundir los fines con los medios. Y probablemente esto es lo que ha pasado con la Europa actual. He aquí la raíz del problema actual de Europa, el origen de los males de hoy: confundir el instrumento con la finalidad. Hemos hecho del mercado común, que era sencillamente el instrumento al servicio de la paz, la única finalidad identificable de la construcción europea.

Pero quizá estaría bien recordar la reflexión de uno de los padres de la actual Europa, creo que Robert Schuman, al final de su vida: "Si en aquel momento lo llego a ver tan claro como ahora, que ya soy viejo, no habría empezado Europa por la economía, por el mercado, la habría empezado por la cultura, habría creado una organización cultural, porque los espíritus sólo se pueden unir a través de los espíritus. A fin de cuentas, es un camino pernicioso intentar unir a la gente a través de los intereses, deberíamos haber empezado por los valores. Y el espacio de los valores es la cultura. Por eso deberíamos haber construido la comunidad cultural europea. Hacer notar que los valores de estos hermanos que se matan entre ellos son valores compartidos y comunes, y entonces habríamos creado una identidad europea, que está ahí latente, pero que no hemos sido capaces de organizar desde el punto de vista de la superestructura política". Esta, más o menos, es la reflexión de Schuman, uno de los pères fondateurs de la Europa actual, al final de su vida.

Esta reflexión nos habla de la difícil decisión que debieron tomar los padres fundadores de Europa sobre qué manera era la mejor, la más segura, para llegar a una unión que fuera la garantía de la paz. ¿Un mercado común? ¿Una cultura? ¿Una única democracia? Se escogió el mercado común. Pero no un mercado cualquiera, sino que la CEE empezó a través del mercado común del carbón y del acero, con la CECA. Esto es importante para no olvidar hasta qué punto el mercado común y el comercio no eran más que el camino para un objetivo político superior, la paz, que, en último término, exige un cierto grado de integración política. ¿Porqué? Porque el carbón y el acero son las dos materias primeras con las cuales se construyen armas. Por tanto, este mercado, en realidad, ya por sí mismo es pura política, un mercado que por sí mismo ya indica que la paz es el objetivo del proceso de integración económica. El hecho de escoger la CECA como el primero de los mercados a través de los cuales se quiere crear una integración social y una solidaridad de intereses, regulando un libre mercado del carbón y del acero vigilado por instituciones compartidas, que después irá siendo el Mercado Común, significa que transitamos de la política a la economía —de la paz al comercio— pero que desde la economía estamos volviendo, en realidad, a la política.

De algún modo, de la misma manera que nos hemos referido a la división entre su alma social y su alma liberal, para poder explicar esta dialéctica entre economía y política, podríamos hacer otra metáfora: Europa parece que tenga un alma política, que es la paz, y un cuerpo económico, que es el mercado. El cuerpo debería estar al servicio del alma. Pero si analizamos los fundamentos de la división actual nos encontraremos que actualmente las cosas van al revés. El cuerpo ha adquirido vida propia, autonomía, y ya no está al servicio de la integración de las diferentes sociedades europeas en una sociedad común. Al revés, el mercado común, integrado, que hace pocos años ha culminado con la moneda única, de la manera como actualmente funciona, no está al servicio de la construcción de una única sociedad.

Al contrario, no sólo no lo está, sino que está reabriendo la vieja división entre el alma social y el alma liberal. Porque, paradójicamente, uno de los principales problemas del modelo social europeo, actualmente, es el mercado común. Si el estado del bienestar está sufriendo una cierta crisis en muchos países de Europa es, como hemos dicho al principio de estas páginas, a causa de la revolución tecnológica. Pero también a causa de la libre circulación de capitales en el marco del mercado común europeo. En efecto, las deslocalizaciones, la movilidad del capital financiero, la de la Inversión Extranjera Directa (IED) que permite la Europa mercado, pone en graves dificultades el mantenimiento de las bases del sistema social europeo: pone en riesgo el mantenimiento del sistema fiscal sobre el que reposa el estado del bienestar, pone en riesgo el sistema de protección de los derechos de los trabajadores que era una columna vertebral de este sistema social, pone en riesgo la preservación de los servicios públicos, etc. Por tanto, la paradoja está clara: la integración europea nació de la mano del estado del bienestar, fue posible gracias a la construcción de este modelo social europeo; pero actualmente es el avance de la construcción europea la que está poniendo en crisis este modelo, sobre el cual Europa no se da cuenta que reposa como una realidad unificada. Ni tan solo el mercado común sería posible sin el estado del bienestar, porque la crisis social que se derivaría de la ausencia de este estado social sería la puerta abierta al nacionalismo de extrema derecha, contrario incluso a la Europa mercado.

La paradoja es lo suficientemente clara, por tanto. El estado del bienestar puso las bases para intentar un camino de integración europea, un proceso de reconciliación entre naciones enfrentadas. Puso las bases para la paz. Sin embargo, el camino elegido para avanzar hacia esta paz fue el camino de la integración comercial: el mercado único. Y ahora este camino (el mercado común) está minando las bases del proceso (el modelo social europeo). El mercado único está reabriendo la división entre el alma social y el alma liberal, que se encuentra en el origen, a nuestro parecer, de todo el drama europeo del siglo XX.

2.3. La búsqueda de un nuevo modelo social

Como ya hemos dicho, para conseguir la paz, los líderes más lúcidos de la Europa de aquella época se dieron cuenta de que no había suficiente con integrar todas las sociedades europeas en una única sociedad. Con independencia de que esta integración la buscasen a través del mercado, a través de la cultura o a través de la política, vieron que debían de ser capaces de construir un nuevo modelo social para esta sociedad europea en proceso de integración, de unificación.

¿Porqué? Recordemos la frase de Mounnier: “la Guerra Mundial no fue una guerra de estados europeos entre sí, esta es una visión superficial del problema, fue un combate entre las grandes fuerzas espirituales, las grandes ideologías, que se disputaban las almas de los hombres”.

¿Cuál es la historia de Europa en la primera mitad del siglo XX? Europa, desde el siglo XIX es la patria del capitalismo liberal. Hasta que este capitalismo se colapsa. Y ante este colapso, emerge cada vez con más fuerza una reacción potentísima, que se presenta como una alternativa y que tiene la intención de trascender el capitalismo: se trata del proyecto socialista, en todas sus versiones.

El nazismo, que lleva a los estados europeos a hacer la guerra entre ellos, no es nada más que la reacción defensiva del sistema capitalista, el “cierre de filas” de la Europa liberal, contra la emergencia del socialismo, para defender los principios básicos del sistema capitalista. El nazismo es capitalista, pero no liberal, porque, con tal de salvar el capitalismo, el nazismo traiciona al propio liberalismo y niega la democracia. La cuestión es salvar la estructura social y el sistema de valores básico propio de una sociedad capitalista, de propiedad privada. Y el nazismo lo salva por medio de la planificación, sin mercado. El nazismo es, desde el punto de vista económico, la planificación privada de la acumulación capitalista de plusvalía, con el permiso y la protección del estado. Es decir, el nazismo viene a ser una versión desesperada, defensiva, trágica, totalitaria, de la estructura económica capitalista. Y de ahí viene la guerra. Y la Unión Europea surge como reacción a la guerra. Por tanto, como reacción al nazismo.

Así, probablemente era imprescindible integrar Europa a través del mercado común, para que el proyecto de pacificación tuviese éxito. Pero también era imprescindible construir un nuevo modelo social, hacer otra Europa, una Europa diferente resultado del estado del bienestar. Nunca estará de más repetirlo: el estado del bienestar es la otra pieza fundamental que garantiza que pueda haber paz en Europa.

3. EL ESTADO DEL BIENESTAR Y LA IDENTIDAD DE EUROPA

Como decimos, el estado del bienestar coincide en el tiempo con la construcción europea. De manera intuitiva, nunca nos ha parecido casual esta coincidencia. E incluso lo encontramos muy lógico, pero quizá estamos un poco acostumbrados a pensar estos dos hechos como en dos situaciones diferentes, coincidentes pero diferentes. Quizá pensamos: durante la postguerra, por un lado se desarrolla el estado del bienestar, y por el otro construimos la integración europea. Pero, obviamente, no se trata de ninguna casualidad, porque nuestra tesis es que el estado del bienestar constituye la raíz misma de la construcción europea y, por tanto, su identidad más profunda.

¿Qué es Europa? ¿Dónde radica la identidad nacional europea? ¿Existe realmente? Esta es la pregunta que bloquea y aturde a las sociedades y a los líderes políticos europeos desde hace unos cuantos años. ¿Radica en una lengua, tal y como había sucedido con la identidad nacional de los estados europeos a lo largo de la modernidad? Es evidente que no. Así, entonces, ¿Europa tiene una identidad nacional, en el sentido cultural de la palabra nación? ¿Qué es aquello que tenemos en común?

¿Quizá son las raíces cristianas? Los cristianos deberíamos ser los primeros en resistirnos a las tesis de Huntington, según las cuales las civilizaciones se definen por razón de una identidad religiosa común y, por cierto, homogénea. ¿Cómo podemos aceptar esto? ¿No ha sido Europa la cuna de la libertad religiosa? ¿No ha sido Europa el lugar donde se ha producido la secularización del poder político, la separación de la Iglesia y el Estado? ¿No es Europa la patria de la modernidad, que separa la religión de la política de una manera ya para siempre irreversible? ¿No es Europa, en fin, la síntesis de muchas tradiciones culturales, algunas de ellas religiosas pero muchas otras ateas o agnósticas, y de muchas religiones, no sólo la cristiana, sino también la judía y la musulmana? Los cristianos deberíamos ser los primeros en defender la libertad religiosa, la pluralidad de tradiciones y la laicidad del Estado. Y todo esto es incompatible con hacer de las raíces cristianas el elemento clave de la identidad europea.

Por tanto, la pregunta continua vigente: ¿Qué es aquello que hace de Europa una unidad, cuál es la esencia de la nación europea, en caso que haya nación europea? ¿Cuál es su identidad? ¿Es política (y entonces quizá deberíamos hablar de Nación en mayúsculas, como Nación de ciudadanos)? ¿O es cultural (y entonces deberíamos hablar de nación en minúsculas)? ¿Puede la política descansar sobre ella misma, sin tener un substrato cultural en el que encontrar apoyo?

La Constitución Europea intentó dilucidar este dilema de una manera bastante justa: dijo que aquello propio de Europa era el hecho de estar juntos y ser diferentes, e hizo buena la frase: “unidos en la diversidad”, que es el lema que proponía la Constitución como divisa de la Unión Europea. Pero esto no hace una nación, la puede describir, pero no hacerla. Por tanto, aparte de tener en común el hecho de ser diferentes, todas las diversidades identitarias que forman Europa deberíamos tener alguna cosa más en común.

Quiero defender la posibilidad de tener una cosa en común que nos hace diferentes al resto del mundo, y que es aquello que nos identifica como europeos. Y quiero hacerlo sin caer en el culturalismo. Y sin caer en el eurocentrismo. ¿Cómo podemos defender una identidad *diferente* del resto del mundo, pero no nos *separe* del resto del mundo? Pues porque aquello que nos identifica como diferentes no es algo que tengamos en exclusiva, sino que se trata de algo que podemos *ofrecer* al resto: es un modelo social determinado: es el modelo social europeo. Lo podemos llamar estado del bienestar o de cualquier otro modo. En todo caso, se trata de un modelo social que intenta unir principios liberales con principios sociales, principios capitalistas con principios socialistas, intenta reconciliar la prosperidad tecnológica y el libre mercado con el Estado y en la redistribución, la libertad política con la justicia económica, la propiedad privada del capital con los servicios sociales y la igualdad de oportunidades.

Estamos diciendo una obviedad, pero que, bien mirado, tampoco es tan obvia. ¿Existe la identidad europea, con todas las consecuencias que ello tiene? ¿Es una única identidad, compartida, más allá del hecho de ser distintas culturalmente, lingüísticamente, geográficamente? Sí que existe. Sin embargo, es una identidad no tanto cultural como político social. O si se quiere, es cultural en la medida en que responde a unos valores —más que a una lengua, una tradición cultural o una religión determinadas— que se traducen en un determinado modelo social, político y económico. Y esta identidad consiste en que los europeos, en general, nos reconocemos en un modelo de sociedad que quiere ser, a la vez, próspera y equitativa.

Por eso, lo que ha sucedido en Francia durante la primavera de 2006, precisamente por el hecho de haber sucedido en Francia, tiene unas consecuencias muy particulares. Si hubiera pasado en los Estados Unidos, si allí hubieran tenido revueltas juveniles en barrios de inmigrantes, nunca lo habiéramos considerado un atentado a la identidad norteamericana. Pero en Francia, en Europa, indiscutiblemente sí. Porque la identidad francesa, en tanto que forma parte de la identidad europea, tiene que ver con un modelo social que quiere ser equitativo y justo.

Así, y como síntesis de lo que hemos dicho, es necesario reconocer una relación dialéctica entre el estado del bienestar y el nazismo —el uno es el antídoto del otro— del mismo modo que hay una relación dialéctica entre in-

tegración europea y nazismo —la una es también el antídoto del otro. Era necesario, repetimos, construir una sociedad europea única integrada, y probablemente la vía más realista era hacerlo a través del mercado; pero era necesario también construir otro modelo social. Si el nazismo es la respuesta que da Europa ante la emergencia del comunismo, bajo la guía de la URSS, y la guerra es la constatación de que esta respuesta contra el comunismo no vale, la consecuencia lógica de todo esto es que, o bien encontramos otra alternativa al comunismo diferente del nazismo, o bien el comunismo tiene las de ganar. Y esta alternativa es el estado del bienestar, que precisamente lo que hace es hacerse suyo muchos de los elementos del comunismo.

Era necesario responder al comunismo con una alternativa distinta del nazismo. Y, lo que es lo mismo, era necesario responder al capitalismo con una respuesta distinta del comunismo y su deriva estalinista. Y esta alternativa, tanto al nazismo como al comunismo estalinista, no es otra que el estado del bienestar. Europa, entonces, encuentra una respuesta a su drama en el estado del bienestar, que se convierte en una alternativa a aquello que viene del Este, justamente porque incorpora muchos de los elementos de aquel modelo, el comunista, del cual quiere ser la alternativa.

Esta sería, pues, la otra versión de la guerra europea, es decir, de la Segunda Guerra Mundial. Estamos de acuerdo en que se trata de la guerra de Alemania e Italia contra Francia, Inglaterra y el resto, pero también es la guerra del nazismo contra el comunismo, y de la democracia (de derechas y de izquierdas) contra el nazismo, etc. Y por eso la paz necesita de ambas cosas: de la unificación de Europa y de la construcción de un nuevo modelo social.

También debemos recordar que Europa, no sólo la Europa de la CEE, sino Europa en su conjunto, a lo largo de la Guerra Fría, estaba dividida en dos bloques. El mundo en general estaba dividido en dos bloques, y Europa estaba en medio de esta línea divisoria. Y la Europa de la construcción europea originaria, la Europa de los seis, la de la CECA y la CEE, la Europa occidental, formaba parte del bloque capitalista. Ya lo sabemos. Pero esta Europa que formaba parte del bloque occidental, bajo el amparo de Estados Unidos, en virtud del modelo social que va construyendo durante la Guerra Fría, ella misma se convertirá en un modelo social alternativo dentro de este mismo bloque capitalista occidental. Porque, como sabemos, actualmente las alternativas a nivel global son o bien el capitalismo neoliberal, propulsado por Estados Unidos, o bien el estado del bienestar propio del modelo social europeo. Este es el dilema para la mayoría de los países del planeta. Pues bien, esta alternativa al modelo neoliberal encabezado por Estados Unidos, se forja en un contexto en que Europa occidental está bajo el amparo de los mismos Estados Unidos, como consecuencia de la Guerra Fría y la división de bloques.

El día en que desaparece la URSS y el bloque de los países del Este, el gran debate mundial es si las sociedades libres, democráticas, adoptan el modelo social norteamericano o el modelo social europeo. Por muy parientes o primos que, en un principio, y para algunos, sean Europa Occidental y Estados Unidos, hoy son los dos representantes de las dos alternativas que se disputan el mundo. De manera pacífica, sin lugar a dudas, pero se lo disputan. Incluso en Europa, la gran disyuntiva social hoy es esta. También los europeos debemos decidir si queremos conservar nuestro modelo social o queremos derivar hacia el modelo social norteamericano. La cuestión es si somos capaces de reconocer que el éxito de una sociedad no se mide exclusivamente de acuerdo con su renta per cápita ni por el crecimiento del PIB, sino también por su justicia social, su capacidad de incluir a todos sus ciudadanos. Si lo vemos así, la sociedad que ha triunfado, sin duda, es la europea, no la americana.

4. LA EUROPA POLÍTICA AL SERVICIO DE UN ESTADO DEL BIENESTAR EUROPEO COMÚN

Creo que, dicho esto, será más fácil entender la paradoja que explica la división que estamos sufriendo en la Europa actual y que antes ya hemos empezado a explicar. El estado del bienestar es el que permitió superar la división entre capitalismo y socialismo, que era la raíz de la guerra. Había, entonces, una condición para conseguir la paz, y un camino para construirla: la condición era el estado del bienestar y el camino la integración de los mercados nacionales en un mercado común. Actualmente, sin embargo, nos damos cuenta de que en el momento en que estas dos realidades maduran entran en contradicción flagrante entre sí.

Europa nace del pacto entre su alma liberal y su alma social y, por tanto, Europa ha evolucionado y anda todavía hoy sobre estas dos patas. Pero actualmente la evolución de Europa ha conducido a una situación en que estas dos almas se dividen. ¿Porqué? Porque los dos instrumentos —el estado del bienestar y el mercado único— a través de los cuales hemos intentado construir Europa, han entrado en contradicción entre sí.

¿Qué está perjudicando de manera directa al estado del bienestar? La culminación del proceso de integración económica europea, la culminación del mercado europeo como mercado único. Quizá deberíamos afinar más y deberíamos decir que aquello que está perjudicando más el modelo social europeo, aquello que lo está debilitando más, no es sólo el mercado europeo, sino la globalización de los mercados, globalmente considerada, más allá de

la “pequeña globalización” a escala europea que supone el mercado único de los veinticinco. En la construcción de un mercado europeo hemos puesto, probablemente sin quererlo, las bases del debilitamiento de aquel modelo social que hemos llamado estado del bienestar.

La solución a este problema, en todo caso, es bastante sencilla: pasar — volviendo a Schuman— de una Europa mercado a una Europa política, que nos permita reproducir a escala europea, desde una única federación política europea, el modelo social europeo, el modelo social de cada uno de los estados europeos. Que nos permita construir un estado del bienestar de escala europea. La contradicción entre un mercado único y diez, veinte o veinticinco estados diferentes —algunos de ellos auténticos estados del bienestar, y otros, como los países del Este, sin tiempo todavía de construirlo— se resuelve por medio de la construcción de un único estado del bienestar europeo, que solamente sería alcanzable mediante la construcción de unas únicas instituciones políticas europeas, un único gobierno europeo, unas únicas políticas fiscales, unas únicas políticas laborales, una integración al alza de los estándares laborales, fiscales, sociales, etc. Es la célebre armonización fiscal, que por ahora no llega, la armonización de los mercados laborales y su regulación, etc.

Cuando decimos que la integración europea debilita el estado del bienestar, es necesario que se nos entienda bien. Somos partidarios acérrimos de la integración europea. Sin embargo, hay un tipo de integración europea que pone en crisis la auténtica identidad europea, que era este estado del bienestar, entendida como una verdadera alternativa al modelo liberal, al modelo capitalista que estaba en la raíz del crack del 29. Se trata de una contradicción desgraciada. Sin embargo, la solución a esta contradicción es sencilla. La integración europea, a través del mercado único, pone en crisis el estado del bienestar. La solución para salvar el estado del bienestar no es parar o deshacer la integración, sino conseguir más integración si cabe. Es decir, pasar de la integración económica y monetaria a la integración política. De la Europa mercado a la Europa federal. La unión política es la solución. Una unión política tendente a garantizar que de ella nazca un estado del bienestar europeo —aquello, por cierto, que para muchos no acaba de garantizar la nonata Constitución Europea; pero que en todo caso tampoco lo impedía.

Con el mercado común ha pasado algo que pasa siempre: que el capital tiene más movilidad y se unifica con más facilidad que el trabajo. Aún no se ha conseguido crear sindicatos europeos que sean realmente efectivos. La Volkswagen puede decidir trasladar sus plantas a Chequia o a Eslovaquia pero, en cambio, no hemos conseguido construir comités de empresa europeos y que los trabajadores de Eslovaquia, de Chequia y de Martorell reivindiquen juntos en una única plataforma sus derechos laborales, conjuntamente considerados, ante una única empresa.

Así que lo que ha pasado hasta cierto punto es lógico: las dos vías de la construcción europea, que empezaron simultáneamente, la una como condición (su nuevo modelo social) y la otra como estrategia (el mercado único) era inevitable que un buen día entrasen en contradicción. Además, la Guerra Fría se terminó y, por tanto, aquella Europa que había nacido en el contexto de la división entre el mundo del Este y el mundo del Oeste ya está fuera de la presión que suponía aquella división; por tanto, todo son incentivos para primar la estrategia liberal de construcción europea, que es la Europa del mercado único. Todo son incentivos que debilitan la auténtica identidad europea, que es su modelo social vinculado al estado del bienestar.

Todavía hace falta añadir un último factor más, a esta deriva liberal de Europa, a esta renovada división entre su alma liberal y su alma social. Afirmábamos, al inicio, que tanto el mercado único como el estado del bienestar eran instrumentos para llegar a la paz. ¿Y no es cierto que las generaciones europeas actuales dan la paz ya por descontada? Nos referimos a la paz, en el sentido de impedir que vuelva a haber una guerra europea que se pueda convertir en una guerra mundial. ¿Alguien cree seriamente que el ejército francés y el ejército alemán pueden volver a enfrentarse en algún momento en suelo europeo o en suelo extranjero? Seguramente nadie. Pero sólo hace cincuenta años que esto no lo cree nadie. Porque hasta hace cincuenta años todo el mundo creía lo contrario. Y 50 años, no hay que olvidarlo, no son demasiados.

Por tanto, recapitulemos. Hay tres novedades que explican porqué se ha desequilibrado en favor de la primera la síntesis entre el alma liberal y el alma social, que estaba en la raíz misma de la identidad europea actual. Hay tres novedades que explican porqué el estado del bienestar está relativamente cuestionado, o a la defensiva, sin darnos cuenta que sin estado del bienestar la existencia misma de Europa como proyecto común no es posible. Estas tres novedades son:

1. El mercado común culmina cuando llega el euro, y proclama la movilidad del capital y la movilidad del trabajo, pero en realidad son asimétricas y la primera es mucho más efectiva que la segunda, con todo que ello supone.

2. Ha terminado la Guerra Fría con Estados Unidos. Esto por un lado incentiva la pata liberal del mercado común, dado que ya no existe la amenaza comunista que hacía el papel de un cierto contrapeso, que ayudaba indirectamente al equilibrio entre el Estado y mercado, característico del modelo social europeo; y por otro lado, ponía de manifiesto, de manera más clara que nunca, que Europa es la alternativa a los Estados Unidos, en tanto que modelo social.

3. La paz ya la damos por descontada, y esto hace que la finalidad real de la integración europea pierda relevancia, porque ya se da por conseguida.

Y al perder relevancia el fin real, el medio (el mercado) pasa a ocupar su lugar. El medio se convierte en la finalidad, en sí mismo. Como que el fin se difumina, como que la paz ya está garantizada, como que la Guerra Fría ha terminado, el medio (el mercado) acaba ocupando todo el escenario.

5. ¿HACIA DÓNDE VA EUROPA?

¿Hacia dónde va Europa? No lo sabemos. ¿Qué tenemos? Un mercado. ¿Y qué significa tener un mercado? Tener una estrategia. ¿Pero para qué? ¿Tiene sentido por sí misma? Para algunos, hoy, quizá sí que debería tener sentido por ella misma: el mercado común europeo se justificaría por sí mismo. Tiene sentido por sí solo, sin necesidad de referirlo a nada más. Pero — recordémoslo una vez más — en la idea original de los padres fundadores de Europa, el mercado común nunca había tenido sentido por sí mismo. Solamente tenía sentido si era un cuerpo al servicio de un alma, si estaba al servicio de la construcción de una unidad que, finalmente, tenía que culminar en una comunidad política europea. Porque, en realidad, sólo la unidad política puede garantizar, de manera segura, la paz. Para ser “una sola sociedad” no es suficiente ser “un solo mercado”, es necesario ser “una misma democracia”.

Europa dividida, es el título de esta conferencia. A mi parecer, Europa hoy está dividida entre su alma liberal (intergubernamentalista) y su alma social (partidaria de la unión política). Y resulta que Europa nació justamente de la síntesis de estas dos almas. Por tanto, esta división atenta contra su misma posibilidad de ser.

Actualmente, entrado el siglo XXI, vivimos la división entre los que quieren una Europa-mercado y que aquellos que cuando decimos *Europa* estamos pensando en un gran sistema de bienestar de escala continental, basado en el principio de subsidiariedad, descentralizada, respetuosa y protectora de su pluralidad como no podría ser otro modo, pero al mismo tiempo basada en la igualdad de derechos fundamentales para todos los ciudadanos europeos. Aquellos que estamos convencidos de que la garantía del sistema de bienestar europeo requiere una unión política de tipo federal y que, por tanto, somos conscientes que la Europa federal será plurinacional o no será, porque es imposible construir la ciudadanía única europea, que está en la base de la Europa federal, a partir de una identidad cultural (nacional) particular. Aquellos que creemos, pues, que Europa será el espacio, más que lo pueda ser ningún Estado-nación europeo particular, donde aprenderemos a hacer “federalismo plurinacional”, capaz de sintetizar decenas de identidades nacio-

nales distintas en una sola y común ciudadanía. Aquellos que pensamos en Europa como el espacio de los *ciudadanos europeos*, titulares de una ciudadanía que se concreta en derechos y deberes comunes. Unos derechos y deberes la garantía de los cuales evita la división social que el capitalismo liberal provoca de manera sistemática, cuando no está compensado por la acción de los poderes públicos, del estado, de la democracia; aquella división social en la que hace fortuna la semilla de la planta carnívora —el totalitarismo, la extrema derecha— que creció con tanta fuerza durante los años 30.

En aquella época hubo un capitalismo destructor de la cohesión social, un sistema económico claramente injusto. Y como reacción nació un movimiento socialista, con una pluralidad de discursos. Y contra el supuesto desorden contra el orden liberal y burgués que provocaban estos movimientos socialistas, y para “restablecer el orden” surgió el totalitarismo de derechas. Actualmente, la sucesión de los hechos tiene alguna similitud, en un grado más reducido, con la de los años treinta. La deriva liberal de Europa provoca una cierta crisis social, sin embargo, ahora esta crisis está estrechamente vinculada a la integración de los inmigrantes. Y tiene todavía una dimensión mundial, en la medida que la inmigración es, también, la consecuencia de una globalización desequilibrada, con unas desigualdades Norte-Sur insostenibles. Así, por un lado, los inmigrantes vienen a Europa porque ésta los necesita, porque el crecimiento de la economía europea sería imposible sin ellos, pero al mismo tiempo vienen porque las desigualdades entre los países del Norte y los del Sur son abismales, y nadie se queda en su casa para morir si puede sobrevivir un poco más arriba. Total, el mundo se ha vuelto pequeño y el Norte está, geográficamente, cada vez más cerca del Sur.

¿Dónde se encuentra la similitud con los años treinta? Ante esta globalización neoliberal, que sería la otra cara —la cara grande, si se quiere— de la deriva liberal de Europa, han aparecido movimientos sociales en todo el mundo, movimientos altermundialistas que exigen una reforma del orden económico internacional, de las instituciones internacionales, nuevas regulaciones a escala global, nuevos mecanismos de control del capitalismo globalizado, nuevos mecanismos de redistribución que sirvan para acabar con estas desigualdades mundiales. Y ante la inmigración extracomunitaria que no para de entrar en Europa —un continente siempre estará lleno de agujeros, imposibles de tapar todos a la vez de manera eficaz— aparecen nuevos movimientos de extrema derecha, de tipo minoritario, pero que son un aviso, un síntoma de la crisis que vive Europa, que es la consecuencia de la división entre su alma social y su alma liberal. Que es la consecuencia del hecho de tener un solo mercado y 25 gobiernos. Y, lo que es más grave, esta extrema derecha no perjudica la construcción europea y la democracia europea tanto por lo que hace, sino por lo que obliga a hacer al resto de fuerzas

políticas. En efecto, las derechas democráticas europeas están todas endureciendo su discurso sobre la inmigración, porque tienen una extrema derecha a su derecha que atrae los votos de su electorado natural. ¿Quién saldrá beneficiado electoralmente de lo que ha pasado en Francia durante la primavera de 2006? Si no hacemos alguna cosa para evitarlo, será o bien el señor Le Pen y su partido, el Frente Nacional, o bien el señor Sarkozy, el líder de la derecha, que ha actuado como un bombero pirómano: ha sido el político que ha atizado el incendio, que ha excitado la revuelta de los jóvenes de los barrios periféricos, y después lo intenta apagar. En estos momentos, estos son los dos políticos que se pelean por ver cual de los dos saca mayor rédito electoral de lo que ha sucedido.

El capitalismo, el mercado liberal, sin ningún tipo de compensación, es una fuente de injusticia. Como en el caso de los jóvenes franceses de segunda generación, de origen magrebí, que son rechazados en una entrevista de trabajo por el hecho de tener un apellido determinado, un color de piel determinado y provenir de unos barrios determinados. Y esto provoca revueltas. Que no son justificables, pero que tienen unas causas identificables por parte de las ciencias sociales. No son fruto del azar. Durante el siglo XIX y XX, las revueltas contra el capitalismo, contra el sistema liberal, tienen una dinámica utópica. Hoy, es cierto, las revueltas actuales, las de esta pasada primavera en los barrios franceses, han sido puramente nihilistas. Se trata de quejas destructivas contra un sistema injusto. Y, como pasó en los años 30, de las revueltas contra las consecuencias de orden liberal puede surgir, o se puede acabar reforzando, el totalitarismo de derechas. Y más aún cuando en esta ocasión la lógica de la revuelta es la lógica de la pura destrucción. Cuando Europa ha sido incapáz de dar una respuesta correcta al desafío que el capitalismo pone sistemáticamente sobre la mesa (división social, crisis social), se planta la semilla de esta planta maligna que es el totalitarismo.

Parece que el señor Le Pen tendrá un buen resultado en las próximas elecciones presidenciales, según indican las encuestas de estos días en Francia. Como que todavía falta un año para las elecciones, podría ser que el señor Sarkozy tenga tiempo de recuperar los votos que se le llevará la extrema derecha endureciendo su discurso sobre la inmigración y sobre seguridad. O quizá, aún peor, que consiga atraer el voto de centroizquierda que vea a los socialistas franceses poco efectivos ante el problema de la inseguridad en los barrios. 6.000 coches quemados en 15 días en Francia. Quizá esto, visto desde lejos, no moleste mucho. Pero vivido de cerca molesta demasiado. ¿Quiénes son los perdedores de las revueltas en los barrios franceses? No lo son, solamente, los hijos de los inmigrantes que queman coches —aquellos que están convencidos de que tendrán una vida peor que la de sus padres— sino también los vecinos de los barrios donde ha habido la revuelta y que han visto, impotentes, como su coche ardía o que han sufrido la destrucción de

sus comercios. Por eso, el señor Le Pen y el señor Sarkozy están pescando muchos votos de cara a las elecciones presidenciales.

Por tanto, necesitamos curar la enfermedad de Europa con la misma medicina que ya la curamos en una ocasión: la recuperación de su alma social y la síntesis de ésta con su alma liberal. Y esto quiere decir hacer la unión política, para así reconstruir el estado del bienestar y su lógica a escala europea.

6. LA IDENTIDAD COMÚN EUROPEA Y LOS LÍMITES DE EUROPA

Sin embargo, cuando nos planteamos la necesidad de la Unión Política, aparece sobre la mesa el gran problema anteriormente señalado: ¿Para hacer una ciudadanía única nos hace falta una identidad común? Porque, ya lo hemos mencionado, la Unión Política únicamente puede fundamentarse en una ciudadanía única. Si queremos ir más allá del mercado único, nos es necesaria una identidad europea. El debate se formula normalmente en base a otra pregunta, que no deja de ser, de hecho, otra manera de plantear el mismo interrogante: ¿Cuáles son los límites de Europa? Sus límites geográficos. ¿Dónde empieza y dónde acaba? ¿Qué países tienen el derecho indiscutible de formar parte de esta Unión Política? Son dos maneras de preguntarse lo mismo.

Algunas voces conservadoras afirman que no puede haber unidad política sin identidad común, y que esta identidad es básicamente cultural. Para estas voces, la cultura tiene que ver con unos valores, y estos valores provienen de la historia y la tradición. Es de aquí que surge la defensa del "Europa será cristiana o no será" y la reivindicación de incluir en la Constitución Europea un artículo sobre los valores cristianos como la raíz de la identidad (actual en tanto que tradicional) europea.

Como es sabido, una de las grandes preocupaciones de las fuerzas demócratacristianas, apoyadas por el Vaticano, de cara a la Constitución Europea, fue la inclusión al inicio del articulado del reconocimiento de las "raíces cristianas de Europa". Y cuando uno ve esto se acuerda de Mateo 25 y piensa que seremos como aquellos que se pasaban el día rezando al Señor pero que, al final de los tiempos, el Señor no les salvó, porque mucho clamar "Señor, Señor", pero habían pasado de largo del hambriento, del sediento, del desvestido. No puede ser que aquellas fuerzas políticas europeas hagan del *nombre*, de la cita *explícita*, de la *palabra* su gran caballo de batalla. No puede ser que el problema de las fuerzas políticas que se reclaman

de inspiración cristiana sea que salga la palabra "cristiano" en la Constitución. ¿Por qué no presentaron batalla para que la Constitución obligara a los estados europeos a ceder el 0'7% en concepto de solidaridad con el Tercer Mundo? ¿Por qué no batallaron para que la Constitución comprometiera de manera efectiva a Europa con un comercio internacional justo, lo cual, por cierto, pasa por acabar de una vez con los subsidios a la exportación de productos agrícolas, que son una fuente de pobreza masiva en muchos países pobres del Sur? ¿No es esto lo que se deriva de la parábola de Mateo 25?

En cualquier caso, volviendo al debate que queríamos poner sobre la mesa como conclusión de este artículo, es necesario saber si hay alguna relación necesaria entre unión política e identidad común. Las fuerzas conservadoras tienen su parte de razón: no hay comunidad política sin valores compartidos, ciertamente. Lo más discutible es que estos valores sean básicamente valores culturales de tipo tradicional —y que, por tanto, en Europa tienen mucho que ver con el origen cristiano de las sociedades europeas medievales—. En todo caso, las raíces cristianas —si los cristianos queremos ser coherentes con el Evangelio— deberían ser un estímulo inspirador, un motor, precisamente, de la Europa que deseamos, justa en su interior y solidaria hacia el exterior.

El problema sobreviene cuando, a través de la tradición, alguien quiere construir una identidad cerrada. Entonces se entra en la lógica de Huntington: Europa es la civilización cristiana, India es la hindú, China la confuciana, Rusia la ortodoxa, el Sudeste asiático la budista, el Magreb i Oriente Medio la islámica, etc. Como sabemos, Huntington empieza dividiendo el mundo en civilizaciones que se diferencian las unas de las otras por sus raíces religiosas y acaba profetizando el choque de civilizaciones. Por supuesto, la Europa que nosotros queremos no es ésta, no es una Europa abocada al choque de civilizaciones, enfrentada a no se sabe qué otras civilizaciones —que, supuestamente, también deberían de ser homogéneas desde el punto de vista identitario.

Por tanto, la identidad europea no puede ser una identidad cultural. Creemos que Europa no necesita una identidad cultural cerrada, fijada por la historia y la tradición. Pero, entonces, ¿cuál es la consecuencia de esto? ¿Una Europa sin límites definidos? ¿Sin límites geográficos? ¿Europa puede abrir las puertas a todos los países que lo deseen, con la única condición que se rijan por los principios del estado de derecho y de la democracia? ¿No quiere decir esto, entonces, que Europa está abierta, potencialmente, a una ampliación infinita? ¿Todos aquellos países democráticos del mundo deberían, hipotéticamente, poder entrar en la Unión Europea? Esto tampoco parece demasiado razonable.

Los liberales dicen: la ampliación infinita solamente es viable si planteamos Europa como un gran mercado. Entonces no hay problema alguno para ampliar infinitamente el mercado común. Sin embargo, no es posible hacer una ampliación infinita si lo que queremos es la Europa nación. Y por ello se quedan con la idea de la Europa mercado y no se oponen a la posibilidad de ampliar infinitamente el espacio económico europeo.

Por la vertiente federal, encontramos también un discurso utópico, de raíz kantiana, del Kant de *La paz perpetua*, que dice: nos hace falta construir una comunidad democrática mundial, a base de federar las distintas repúblicas, las diferentes democracias, hasta tener la federación universal de repúblicas. Como decía Kant en su opúsculo, sólo así conseguiremos la paz, ya no a nivel europeo, sino a nivel mundial, sólo así tendremos la paz mundial, la paz perpetua, que quiere decir la paz universal. ¿Puede ser Europa el embrión de esta federación universal de repúblicas (de democracias, diríamos nosotros) de la que hablaba Kant en plena Ilustración? Tampoco deberíamos precipitarnos a decir que no. Aún así, deberíamos reconocer que se trata de un horizonte completamente utópico. No puede ser que el Norte oriente las decisiones políticas del día a día de la construcción europea, de la integración de Europa en una unión política. Europa, en todo caso, puede ser la columna principal sobre la que se sostengan las Naciones Unidas para hacer su labor primera: garantizar la paz a nivel mundial. Del mismo modo que Europa debería ser el principal pilar sobre el que debería apoyarse Naciones Unidas para su otra labor básica, que es la promoción de un orden económico mundial justo, que permita a todos los ciudadanos del planeta ver garantizados sus derechos y satisfechos sus derechos sociales más básicos.

No obstante, ante la pregunta sobre los límites de Europa hay una tercera opción, una tercera respuesta. Una respuesta que no cae en la delimitación cerrada, culturalista, religiosa, de los neoconservadores que piensan que Europa se distingue por su tradición cristiana. Pero que tampoco cae en el universalismo liberal, que cree que Europa puede convertirse en un mercado infinitamente ampliable; ni cae tampoco en el universalismo ilustrado de los federalistas que creen que Europa podría ser el embrión de una "federación universal de repúblicas". Ni clausura historicista ni ampliación infinita, ya sea por la vía liberal mercantilista ya sea por la federal kantiana.

Esta tercera opción busca construir una Comunidad Europea con voluntad de unión política y, por tanto, con una identidad que nos distinga. Busca una Europa política pero, a diferencia del federalismo universalista abstracto de raíz más o menos kantiana, intenta ser más realista. Es decir, no se plantea la posibilidad de una ampliación infinita, sin más —que es aquello que se derivaría de una concepción netamente ilustrada de los derechos humanos como derechos universales y, por tanto, se trata de un horizonte que al menos a nivel teórico o filosófico no podemos menospreciar ni arrinconar to-

talmente. Por tanto, esta unión política no se puede basar en la idea abstracta de los Derechos Humanos y nada más, dado que esto no pone ningún límite al perímetro de Europa. Es necesaria una identidad que vaya un poco más allá de los Derechos Humanos universalmente considerados. Europa no es la patria de los Derechos Humanos, en la medida en que esta patria es y debe ser el mundo entero.

¿Qué es, entonces, aquello que distingue a Europa y nos permite trazar un perímetro? Se trata de una identidad que tiene que ver con una serie de valores que especifican estos Derechos Humanos en una dirección muy concreta, que es la que nos abre la puerta a la *esencia* europea, en caso de que se pueda hablar en estos términos. A diferencia de la diferencia de identidad que los conservadores ven en los valores que vienen del pasado, de la tradición, de la historia —en los orígenes cristianos— hay una identidad *distintiva* de Europa que no mira hacia el pasado sino que mira hacia el futuro, y que no es una identidad cerrada, sino que es una identidad abierta: estamos hablando de la justicia social entendida como la fusión del alma liberal y el alma social, estamos hablando del modelo social europeo que algunos llamamos estado del bienestar. ¿No es ésta la más genuína de las posibles identidades de la Europa contemporánea?

Si efectivamente su esencia actual es esta, Europa no ha de caer en la reclusión, en su cierre, en la definición de un perímetro definitivo, de tipo cultural. Pero tampoco es necesario que caiga en la dinámica —ya sea disolvente, ya sea utópica— de la ampliación infinita. Se pueden plantear sus límites geográficos en base a un tercer criterio: Europa es ampliable a todos aquellos países dispuestos a asumir el modelo social europeo, dispuestos a construir un estado del bienestar, con todo lo que ello supone. Y supone muchas cosas: democracia, mercado, iniciativa privada, servicios públicos, libertad cultural, laicidad del estado, equilibrio entre la identidad nacional y el cosmopolitismo, etc.

Así, de acuerdo con este criterio, para entrar a formar parte de la Unión Europea no se trata sólo de ser una democracia; con este único criterio, al final acabaríamos teniendo una Europa-mercado, pero no una Europa política. Para entrar en Europa de lo que se trata es de estar dispuesto a construir una sociedad del bienestar que requiera, por supuesto, de un estado del bienestar fuerte. Un modelo social que tiene que ver con unas determinadas políticas fiscales, laborales, con unas políticas de re-distribución, de solidaridad social, con un papel específico del estado, etc. Y que tiene que ver con un determinado grado de productividad, con el progreso tecnológico, con la prosperidad económica, etc. Este debería ser uno de los criterios fundamentales que nos debería de ayudar a decidir quien puede ir formando parte de la Europa del siglo XXI.

Fijémonos en que esta es una identidad *específica, distintiva*, pero no *exclusiva*. En otras palabras, es una identidad que Europa puede ofrecer al resto del mundo, como una construcción propia, hija de la modernidad europea (la modernidad liberal y la modernidad socialista) pero exportable al resto de civilizaciones. ¿Porqué no? ¿Quiere decir esto que a medida que los países del mundo vayan adoptando el modelo social europeo, si es que lo hacen, han de irse incorporando a la Unión Europea? Tampoco queremos decir esto. Porque un modelo social como el europeo no es gestionable a través de una unión política que exceda una cierta dimensión, un cierto perímetro, una cierta extensión. Es inviable imaginar que sea sostenible el modelo social europeo si Europa se amplía de manera infinita, aunque los países que ingresen en ella lo hagan con la voluntad de asumir este modelo social. No se trata de un problema de voluntad política, en este caso, sino de escala, de posibilidades efectivas de organizar un estado del bienestar más allá de un ámbito continental —más allá de 400 millones de personas, por decirlo en términos demográficos.

Por tanto, ahora ya vemos un poco más cual es la identidad y los límites de Europa. Europa se define por su modelo social. Es una identidad abierta, una identidad de futuro y, sobretudo, una identidad exportable para quien la quiera asumir. En este sentido decimos que es a la vez particular —diferenciadora— y universal. Esta identidad abre las puertas a la ampliación de Europa. Sin embargo, no a una ampliación infinita, sino a una ampliación hasta aquellos límites que haga viable, gestionable, la unión política que este modelo social requiere. La Unión Europea se puede ampliar hasta aquel límite que no ponga en cuestión el modelo que conocemos como estado del bienestar y que a lo largo de las primeras décadas del siglo XX debería reconstruirse a escala europea.

Entonces, ¿de qué manera se exporta al resto del mundo esta identidad? ¿De qué manera se ofrece al resto de países, si decimos que Europa es ampliable, mas no infinitamente? En este punto, la misión de Europa no es tanto el abrir sus puertas a todo aquel que quiera entrar, sino promover otras federaciones regionales que sean capaces de reproducir en su contexto geográfico y cultural particular este modelo social que une prosperidad y distribución, eficiencia y justicia, mercado y estado. Es decir, Europa debe ser la primera promotora del resto de uniones regionales, en América Latina, en África, etc. Siempre con la voluntad de que estas uniones regionales, no sólo de tipo económico sino también de tipo político, sirvan a la extensión del modelo social europeo al resto del mundo, si así lo quieren estas sociedades. Se trata de universalizar la regionalización —de la cual la Unión Europea es el mejor exponente— con la finalidad de universalizar el nivel de justicia social que Europa ha conseguido. Porque la escala adecuada para construir uniones políticas, en un mundo en el cual el capitalismo se ha globalizado,

la escala adecuada para construir modelos sociales como el del estado del bienestar es la escala continental. Por ello, es necesario ayudar a aquellos continentes que, como el europeo, se encuentran fragmentados en varios estados para que puedan construir uniones regionales. Y es necesario, también, ayudar a que aquellos estados, aquellas naciones que por su propia dimensión ya tienen una escala continental —Rusia, la India, China y los Estados Unidos— asuman el modelo social europeo, siempre que estemos persuadidos de que se trata del modelo social más justo de todos los posibles en este momento de la historia de la humanidad.

Para terminar, pongamos un ejemplo de todo este debate sobre los límites de Europa. Se trata de un ejemplo suficientemente conocido por todos: Turquía. En la actualidad, Europa no se acaba de poner de acuerdo sobre la oportunidad o no de la entrada de Turquía en Europa. Lo más curioso es que tanto las derechas como las izquierdas se muestran divididas en relación a esta cuestión. En ambas casas encontramos gente partidaria y gente contraria. La derecha más conservadora dice que no ve con buenos ojos la entrada de Turquía porque, según ellos, lo que identifica a Europa es su tradición cristiana. Por tanto, los turcos, que són islámicos, no pintan nada en una Europa cristiana. Pero también entre la derecha europea hay partidarios del ingreso de Turquía: los liberales y los atlantistas. La derecha europea que está por el sí a Turquía es aquella que postula que es necesario la construcción de un mercado común cuanto más grande mejor. Y la entrada turca, desde esta perspectiva, resulta muy beneficiosa al ser un país pobre con mucha población. Es decir, un país con gran demanda potencial y, por ello, una gran fuente de negocios para las empresas europeas. Además, existen los atlantistas, partidarios de la entrada de Turquía en Europa porque Estados Unidos así lo quiere. Y Estados Unidos lo quiere, entre otras razones —aparte de algunas razones geopolíticas no menores— porque creen que así la Europa política será imposible y quedará reducida a un gran mercado, que es exactamente la Europa que Estados Unidos desea, porque la idea de la Europa política, la idea de una unión federal no les gusta ni pizca. Rompe completamente su proyecto imperial.

En lo referente a las izquierdas, también hay disparidad de criterios. Hay quienes dicen que la entrada de Turquía supondría la imposibilidad de la Europa política. Son, justamente, el negativo de la postura norteamericana. Esta parte de la izquierda argumenta de la siguiente manera: si lo que queremos es el gran estado del bienestar europeo, no podemos permitirnos el lujo de hacer fracasar la unión política y, finalmente, perder el objetivo original de Europa. Por tanto, la unión política y la entrada de Turquía son incompatibles. Yo, sinceramente, no estoy demasiado seguro que sea así, que la entrada de Turquía impida el avance hacia una Europa federal. Finalmente, desde la misma izquierda hay quien afirma, con una visión más geopolítica,

que hay que permitir el ingreso de Turquía precisamente para demostrar al mundo que no entendemos Europa desde una clave identitaria cerrada, sino en base a una identidad abierta: todos aquellos que cumplan unos valores y unos principios pueden entrar en Europa.

Estos serían la antítesis de los primeros, de los neoconservadores. Estos creen que precisamente se trata de demostrar que la unión política es posible entre países con culturas distintas, con tradiciones religiosas diferentes, a caballo entre civilizaciones diferentes. Creen que permitir el ingreso de Turquía en la Unión Europea permitirá a este país, de mayoría islámica, adoptar el modelo social europeo, su estado del bienestar, de la mano del resto de países de Europa, ni que esto sea a medio plazo. Y con ello, lo que se habrá demostrado al mundo será, precisamente, que el modelo social europeo es exportable, universalizable, y que pueden asumirlo civilizaciones distintas de la europea, sin necesidad de renunciar a los aspectos básicos de su identidad.

Estos que, desde la izquierda defienden la entrada de Turquía en la Unión Europea, también afirman que posibilitará el logro de una Europa laica o, mejor dicho, más abiertamente multireligiosa. Y en un contexto de choque de civilizaciones, en un momento de cierto conflicto entre el mundo islámico y el occidental, ¿qué mejor aportación podría hacer Europa a la paz que romper la dinámica del choque de civilizaciones y demostrar que somos capaces de compartir unión política con un país procedente de una civilización supuestamente adversaria? Este sería un segundo argumento, complementario del primero, que esgrimen los partidarios, desde la izquierda, de hacer entrar a Turquía en la Unión. El debate, en todo caso, está totalmente abierto. Evidentemente, la solución ideal parece ser el permitir el ingreso de Turquía pero con las garantías de que su entrada no impediría la construcción de una unión política, es decir, de un estado del bienestar a escala continental que nos permita preservar el modelo social europeo del embite de la globalización del capitalismo. ¿Esto es fácil de conseguir? ¿Es solamente un desideratum? Son preguntas de difícil respuesta, aquí y ahora.

Vemos, en todo caso, como todos los grandes debates actuales que Europa afronta están relacionados, de un modo o de otro, con lo mismo. Ya sea al hablar de las revueltas en Francia, al inicio de este artículo, ya sea del debate sobre el ingreso de Turquía en la Unión, al finalizar el mismo. Siempre nos encontramos con el mismo problema: la manera de proyectar hacia el futuro, de manera creativa, la esencia de Europa. Y cuál es esta esencia: la fusión entre su alma liberal y su alma socialista. La construcción de un modelo social que es, por ahora, lo mejor que puede poner la sociedad internacional, si lo consideramos globalmente, sobre la mesa. Porque ha conseguido el mayor grado de igualdad en la distribución de la riqueza de toda la época moderna —aunque todavía haya muchos problemas de justicia so-

cial pendientes de ser resueltos— y lo ha conseguido no desde la miseria sino desde la prosperidad general. Por tanto, lo que hay que hacer con este modelo social, según nuestro parecer, es reforzarlo y consolidarlo de puertas adentro, y exportarlo al exterior.